

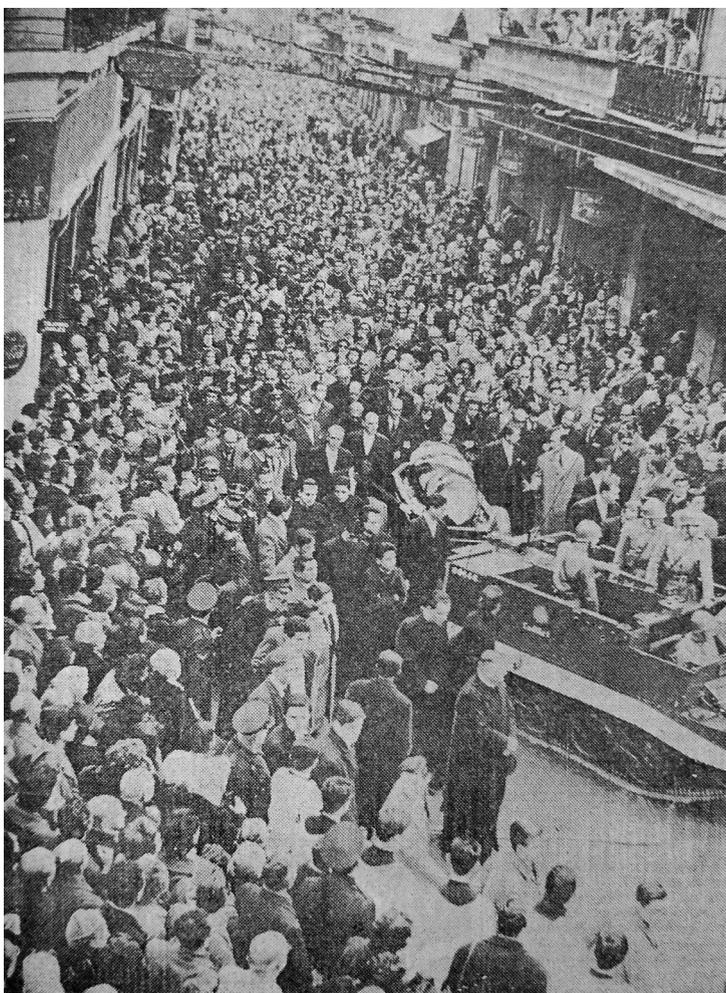
Introducción

El 23 de junio de 1960 falleció en Buenos Aires monseñor Miguel de Andrea, uno de los obispos más respetados del clero católico argentino de la primera mitad del siglo XX. Su fallecimiento estuvo acompañado por honores oficiales, según decreto dispuesto por el gobierno. El cortejo fúnebre, que desfiló desde el centro de la ciudad hasta el cementerio de la Recoleta, tuvo un aspecto imponente: el féretro se trasladó en una cureña llevada por un vehículo oruga de las Fuerzas Armadas, acompañado a su vez por dos piquetes del Regimiento de Granaderos de San Martín. El clero de Buenos Aires, incluidas sus más altas jerarquías, se plegó ampliamente, comenzando por el cardenal Antonio Caggiano, así como también lo hizo una porción significativa de la sociedad, según sugieren las crónicas de época, que dan cuenta de las dimensiones masivas y espectaculares de sus funerales. La noticia salió publicada en todos los diarios, e incluso en el *New York Times*. Entre los que adhirieron al duelo se cuentan: la Unión Cívica Radical del Pueblo, la democracia cristiana, la Municipalidad de Buenos Aires, el Colegio de Abogados, la Asociación de Periodistas y las principales entidades judías, la DAIA y la AMIA.¹ Y a continuación, aquí y allá comenzaron a aflorar homenajes en honor de la memoria del fallecido. Muchos de ellos, desde ya, tuvieron lugar en los que fueron sus espacios de pertenencia por antonomasia durante casi medio siglo: la parroquia de San Miguel y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE), establecidas ambas en pleno centro porteño. Fueron, por tanto, fáciles de prever.

Otros, en cambio, lo fueron menos. Así, por ejemplo, el pedido que dirigiera la Liga Patriótica Argentina al gobierno nacional, con la firma de Jorge Kern, a fin de que elevara al Congreso un proyecto de ley por el que se dispusiera levantar en algún sitio público de la ciudad de Buenos Aires un monumento en honor del sacerdote recientemente fallecido, al que se comparaba con fray Mamerto Esquiú debido a “su valiente posición, sin claudicaciones, cuando se trató de reencauzar la marcha de la Patria

hacia sus destinos esplendorosos”.² No menos insospechada resulta la publicación por parte del Círculo Militar de un volumen que contiene una selección de discursos de De Andrea, acompañado por una significativa introducción firmada por monseñor Victorio Bonamín, provicario de las Fuerzas Armadas, cuya actuación en el clero castrense de la década de 1970, en plena dictadura militar, sería duramente denunciada por las organizaciones de derechos humanos. De manera hiperbólica, Bonamín definió a De Andrea como un “Santo de la Democracia” cuya “voz resonó cuando la de la Iglesia hallaba menos audiencia en el ámbito nacional”, y lo comparó con fray Justo Santa María de Oro, además de Esquiú.³ De tal manera que monseñor De Andrea encontraba eco en actores sociales y políticos que leían sin claroscuros la Revolución Libertadora, aun cuando ya para 1960, y años subsiguientes, se había hecho evidente que los consensos en los que se había basado eran pasajeros y sumamente frágiles.

Estas pocas referencias, provenientes tanto de ámbitos militares como de la infausta Liga Patriótica, de la que De Andrea participó al momento de su fundación en 1919, nos ayudan a poner en sordina la imagen del obispo como un neto exponente del catolicismo liberal y democrático argentino del siglo XX. Se trata de una imagen históricamente construida que se solidificó en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, cuando el sacerdote se mostró favorable para con la causa aliada, mientras que el gobierno argentino y también el episcopado todavía sostenían con firmeza la neutralidad.⁴ Insinuaremos aquí, sin embargo, la existencia de limitaciones en su fe “liberal”. Un manuscrito en torno de la Revolución Francesa que se conserva entre sus papeles nos da la pauta de cuán poco elástico fue su catolicismo liberal. Su texto, que podría haber sido escrito por la más rancia pluma ultramontana, no es más que una diatriba en la que se denuncia sin ambages el carácter anticristiano de 1789.⁵ Más perturbadora resulta todavía para la imagen “liberal” de De Andrea una entrevista que el sacerdote argentino sostuvo con el propio Benito Mussolini en julio de 1934, cuando había transcurrido más de un año del ascenso de Hitler a la cancillería alemana y ya comenzaba a teñirse de nubarrones el escenario internacional. Sin embargo, el explícito alineamiento de De Andrea con los Estados Unidos en tiempos de guerra mundial, la entrevista que sostuvo con el presidente norteamericano en medio de la guerra y, más tarde, su distancia con respecto al peronismo bastaron para forjar una de las más fuertes representaciones del sacerdote.



Sepelio de Monseñor De Andrea. Fuente: *La Nación*, 25 de junio de 1960.

Otra de las imágenes sobresalientes gira en torno de su actuación en el terreno social a través de la organización de un activo movimiento socialcristiano capaz de enarbolar reclamos ante el Estado. Desde su temprana inserción en los Círculos de Obreros, de los que llegaría a convertirse en su director, hasta su labor al frente de la FACE, De Andrea fue considerado uno de los exponentes más nítidos del catolicismo social argentino de la primera mitad del siglo XX. Se concentró, en especial,

en el gremialismo femenino, en torno de las empleadas de comercio y otros rubros afines, en especial en el área de servicios; fue, pues, un asociacionismo cristiano de clase media, que se forjó entre las trabajadoras de las grandes tiendas céntricas, si bien aspiró también a extender su influencia hasta las empleadas domésticas y otros rubros en los cuales el perfil de las socias delataba un origen social más humilde. Con el tiempo la FACE, de hecho, llegó a nuclear a empleadas de distintas ramas de la actividad económica; sin embargo, fueron las empleadas de clase media las que le dieron el tono a la institución.

A simple vista, ambas imágenes en torno de De Andrea –ya sea la del católico “liberal” comprometido con los valores democráticos o la del católico “social” que brega por la mejor calidad de vida de los trabajadores– corren sin embargo el riesgo de resultar contradictorias; de hecho, liberalismo, sindicalismo y cristianismo no son términos fáciles de compatibilizar. Pero De Andrea se aferró con fuerza al reclamo por la libertad sindical, conciliando así de manera eficiente los valores liberales con las reivindicaciones gremiales y cristianas. El catolicismo liberal y el social todavía coincidirán, más aún, durante los años peronistas.

Y si bien es acertado decir que monseñor De Andrea oscila, pues, entre estas dos tendencias ideológico-políticas, privilegiaremos en este libro otras líneas de análisis e investigación que van más allá del discurso político propiamente dicho. Al fin y al cabo, el discurso del catolicismo de la primera mitad del siglo XX ha tendido a ser bastante homogéneo, con fuertes elementos en común, entre los que se cuentan, principalmente, el anticomunismo, el antisocialismo y un sesgado anti-liberalismo. De fuertes raíces tomistas, en consonancia con el clima instaurado por el Concilio Vaticano I, es difícil encontrar amplias variaciones en el discurso teológico y político del catolicismo argentino en esta época, al menos en líneas generales. Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya habido voces singulares que presentaran matices diversos, aun siempre dentro de un mismo cauce ideológico. De hecho, estas diferencias son visibles entre las principales figuras del universo católico argentino de la primera mitad del siglo XX y no han resultado inadvertidas para los historiadores.

Por otra parte, si bien De Andrea en particular fue un reconocido orador, versátil y de gran flexibilidad para adaptarse a variados auditorios, no se destacó sin embargo como intelectual ni aspiró a elaborar

una obra erudita de alto vuelo. Su obra editada, en efecto, consiste sobre todo en una colección de homilías y discursos pronunciados en diversas circunstancias, sin mayor elaboración ulterior. De tal manera que no seguiremos aquí una línea interpretativa estrictamente ceñida a la historia intelectual o de las ideas políticas, si bien tomaremos prestados muchos elementos de ellas a la hora de someter a análisis las distintas piezas oratorias. La biografía como género nos permite, de hecho, hacer uso con bastante flexibilidad de herramientas metodológicas provenientes tanto de la historia de las ideas como de la historia social, cultural y política, entendida esta última en sentido amplio. Creemos que es el camino más apropiado para seguirle los pasos a monseñor De Andrea, puesto que se trata de un hombre público, un verdadero hombre de mundo, de gran presencia social en la Argentina de la primera mitad del siglo XX. De esta manera, nos moveremos en distintos registros a la vez; su trayectoria nos servirá de excusa para abrirnos paso en muy diversos círculos sociales y católicos. Veremos así, pues, que fórmulas teóricas y abstractas como las del catolicismo social o liberal no bastan para dar cuenta de la manera en que De Andrea construyó su lugar en la sociedad y el clero argentinos. Puesto que el sacerdote adaptó las ideas a las circunstancias en las que le tocó vivir y actuar, así como también a sus diferentes públicos, el género biográfico tiene la virtud de permitir explicar por qué un conjunto de ideas que, las más de las veces, no eran de ninguna manera originales bastaron para darle a monseñor De Andrea una gran presencia pública. Dicho de otra manera, no fue por las ideas sociales o políticas que De Andrea descollaría, sino más bien por el lugar social que ocupó, los espacios en los que circuló, los vínculos que tejió en distintos ámbitos de la sociedad porteña y el eco que encontró dentro y fuera del país.

El Jockey Club, el Círculo Militar, los salones de moda, el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa*, las playas de Mar del Plata y otros balnearios, la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, algunos sindicatos en alza a fines de los años treinta –bancarios, comercio, construcción– son algunos de los espacios sociales con los que De Andrea se vinculó estrechamente, tan sólo para mencionar ejemplos por fuera de la propia Iglesia Católica y las instituciones fundadas en su seno. Se destacan además sus contactos internacionales con el clero norteamericano y francés y con algunos gobiernos latinoamericanos –Brasil,

Paraguay—, vínculos que De Andrea cultivó personalmente a través de cenas y banquetes ofrecidos a diferentes personalidades de la época, que brindó en la Casa de la Empleada, que funcionaba en el marco de la FACE. En una ocasión, incluso se entrevistó personalmente con el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt.

Su posición de relevancia en la Iglesia argentina excede por demás el cargo que ocupó en la jerarquía eclesiástica; de hecho, lo desborda. Párroco, presidente del Colegio de Párrocos en más de una oportunidad y obispo puramente nominal (bajo el título de obispo de Temnos), monseñor De Andrea no alcanzó sin embargo el rango de arzobispo de Buenos Aires puesto que en 1923 su candidatura, elevada por el gobierno argentino a la Santa Sede, llevó a una verdadera *impasse* diplomática. Algunos atribuyeron este entredicho a las propias ideas del sacerdote que, ya fuera por su respeto por la democracia como por su compromiso social, eran vistas como demasiado avanzadas y por lo tanto incompatibles con los sectores más conservadores de la sociedad, la Iglesia y el gobierno. Creemos que esta apreciación es algo exagerada; sin embargo, no podemos dejar de advertir que el episodio de 1923 ayudó a sobredimensionar la estatura moral del sacerdote, poniendo de relieve su compromiso con los valores de libertad, paz y caridad, en última instancia más importantes y duraderos que los más altos títulos y honores que podía concederle la Iglesia Católica en tanto que institución jerárquica. Así, pues, el frustrado arzobispado, en la práctica, no logró opacar en lo más mínimo su figura. Por el contrario, con el correr de los años el propio De Andrea descubrió que el no poseer un cargo de tal envergadura lo hacía más simpático, si cabe, a los sectores populares, puesto que los arzobispos y cardenales solían estar rodeados de una pompa y un ritual casi monárquicos del que De Andrea no participaría. Lejos del ornato de la más alta jerarquía eclesiástica, De Andrea podía afirmar que, con sus pros y sus contras, “me he consagrado al pueblo. Desde el punto de vista de las ventajas humanas, no me ha resultado gananciosa esa consagración sin reservas. [...] me llevó a la quiebra”.⁶ Una y otra vez reafirmó su imagen de obispo democrático, llano, accesible y popular.

“Pastor de la Iglesia y Prócer de su Pueblo [...] Apóstol de la caridad social”, reza la leyenda situada en la base de la estatua monumental que luego de su muerte ha sido levantada en su honor en la parroquia de San Miguel de la ciudad de Buenos Aires. Dejando a un lado lo ampu-

loso de esta retórica, no podemos dejar de señalar que el solo hecho de que se le haya pretendido atribuir la estatura de un “prócer” –título que no se le ha intentado adjudicar a ningún otro obispo argentino del siglo XX– nos plantea el desafío de sacar al sacerdote de su pedestal y abordar una biografía que no recaiga en una narración hagiográfica puramente celebratoria. A continuación, lo que intentaremos ofrecer al lector es un relato que, con los pies en la tierra y sin tanta grandilocuencia, sitúe al hombre en su contexto dando cuenta de sus claroscuros.

NOTAS

¹ LN, 24 de junio de 1960 y 25 de junio de 1960.

² Legajo 2240/1960, “Liga Patriótica Argentina. Sobre erección de un monumento en homenaje a Monseñor de Andrea”, Archivo Histórico de la Cancillería Argentina.

³ Monseñor Victorio Bonamín, “Presentación”, en Mons. Dr. Miguel de Andrea, *Justicia, paz, libertad*, Buenos Aires, Círculo Militar-Biblioteca del Oficial, 1965, p. 10.

⁴ Ignacio López, “Libertad y democracia en el discurso de Monseñor de Andrea”, *Colección*, UCA, 21 (2011), pp. 155-176; Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, 1994; Ambrosio Romero Carranza, *Itinerario de Monseñor De Andrea*, Buenos Aires, Emecé, 1957; Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, 2000.

⁵ Miguel de Andrea, “Le Catholicisme pendant la Révolution”, Archivos de la FACE, Manuscritos, 5.3.

⁶ Miguel de Andrea, “El trabajo a domicilio (discurso del 15 de mayo de 1937)”, *OC*, vol. 4, p. 292.

Capítulo 1

De los pagos de Juan Moreira a la Universidad Gregoriana

Su nacimiento ocurrió poco después de que Juan Moreira se convirtiera en una figura popular en el partido de Navarro. El gaucho le dio a Navarro una identidad con la que los De Andrea, radicados en la misma localidad, tuvieron que convivir, les gustara o no. El acta de bautismo certifica que el día 5 de julio de 1877 nació Miguel de Andrea, hijo legítimo de Nicolás de Andrea, italiano de cuarenta y tres años de edad, y de Josefa Parente, italiana de veintitrés años, domiciliados en la ciudad de Navarro, provincia de Buenos Aires, en la que el padre se había radicado cuando llegó al país a mediados de la década de 1860. El certificado de matrimonio de los padres, datado en 1871, aporta el dato de que Nicolás era hijo de Francisco de Andrea y María Finamores, ambos italianos.¹ El censo de 1869, donde aparece bajo el apellido “Andrea”, lo registra como comerciante que sabe leer y escribir, y que habita en el distrito céntrico de la ciudad de Navarro; un cuarto de siglo después, en el censo de 1895, se lo puede localizar a Nicolás “Deandrea” (*sic*) en el mismo distrito, bajo el rótulo de “propietario”. El apellido del padre oscila entre distintas grafías, algo habitual entre los inmigrantes, pero en los registros parroquiales o censales no lo hemos podido hallar bajo el nombre de D’Andrea, más típico entre los italianos del sur de la península.

El dato es significativo puesto que contradice de raíz el rumor harto difundido de que el sacerdote Miguel de Andrea hizo modificar su apellido, nacionalizándolo, a medida que tuvo la oportunidad de ascender en su carrera eclesiástica. A nivel popular no faltaron, de hecho, los celos porque sus ascensos –se insinuaba– parecían alejarlo cada vez más del pueblo de origen y de sus raíces humildes. Se cuenta sin embargo la leyenda de que De Andrea, ya obispo, en ocasión de una visita a la vecina ciudad de Lobos invitado a dar una conferencia, se reconoció a

sí mismo como “navarrero”, como se decía en el pueblo. Lobos se halla muy cercana a Navarro en ruta hacia el sur, ciudad con la que tradicionalmente había una fuerte rivalidad que la leyenda de Moreira no hizo sino confirmar: si bien el gaucho no había nacido en Navarro, fue aquí donde se forjó como héroe popular, para luego ser asesinado en Lobos. Conocedor de la leyenda, De Andrea habría dicho, con tono socarrón: “He llegado a este histórico pueblo de Lobos, teniendo que pasar por alto el agravio que siento como navarrero, porque aquí lo mataron a Juan Moreira, y *por la espalda...*”.² ¿Fue sólo una chanza para ganarse a su auditorio o había allí un verdadero sentimiento “navarrero”? Si De Andrea tenía o no apego por su pueblo es algo de lo que todavía al día de hoy los habitantes de Navarro pueden dudar cada vez que echan una mirada al busto de De Andrea, ubicado en la plaza central: su modestia contrasta con la monumental estatua levantada en la iglesia de San Miguel de Buenos Aires.

Menos ambigüedades despierta la actitud ante el *moreirismo*, esa afición por la literatura criollista por parte de amplios sectores populares de campaña a fines del siglo XIX, juzgada marginal y de mal gusto, sin embargo, por la literatura “cult”.³ Por contraste con la fiebre *moreirista* que cundía en la literatura popular, el catolicismo podía ser considerado un verdadero refugio, seguro y tranquilizador. No parece ser casual que en 1884 los salesianos se apresuraran a poner en circulación una selección de libros populares que procuraban contrarrestar el *moreirismo* a través de la publicación de literatura juzgada “sana” (desde el punto de vista católico): la colección incluía inocentes aventuras infantiles, leyendas populares, mitología, devocionarios, vidas de santos, catecismos de fácil lectura y comprensión popular. En algunos casos, incluso se tomaron prestados elementos criollistas de la gauchesca, si bien edulcorados: así, por ejemplo, un volumen editado en 1898, bajo el título de *La religión de la Biblia, o los versos del gaucho ilustrado Martín Chucho, sobre los gauchos protestantes y sus Biblias*.⁴

Los De Andrea no podían sino mirar con suspicacia la figura de Moreira y todo lo que implicaba, puesto que ponía en jaque los valores y las expectativas de ascenso social y de decencia a los que aspiraba la familia. El acta de bautismo del futuro obispo revela que el segundo hijo del matrimonio recibió al nacer el nombre de Miguel *de los Santos*, evidencia flagrante del destino religioso que los padres querían darle a su se-

gundo vástago. Miguel tuvo seis hermanos de los cuales dos fueron varones; el primogénito se llamó Francisco en honor a su abuelo, y el que le sucedió a Miguel fue Nicolás, igual que su padre. Miguel fue el único, pues, que recibió un nombre de tan marcada connotación religiosa. Según el censo de 1895, todos los hijos sabían leer y escribir, y asistían a la escuela; no así el mayor, de veinte años, que ya había dejado los estudios, era empleado y ayudaba con sus ingresos a la economía familiar. Que el segundo hijo varón haya sido destinado por sus padres a la vocación religiosa revela una estrategia premeditada de ascenso social bien propia de inmigrantes, mientras que se reservaban el primer hijo para sí, a fin de que colaborara con la prosperidad doméstica.

Con los pocos datos con los que contamos acerca de los primeros tiempos de los De Andrea en la Argentina podemos inferir que su situación económica era desahogada, si bien no lo suficiente como para tratarse de una familia pudiente o verdaderamente acaudalada. Que los padres hayan podido sostener el viaje de Miguel a Buenos Aires para estudiar en el Seminario Conciliar da cuenta de una familia que gozaba de alguna capacidad de ahorro, dispuesta además a invertir en el futuro de sus hijos. El solo hecho de que todos los hijos hayan ido a la escuela nos habla de ello con nitidez. En Navarro, con una población urbana que sobrepasaba los dos mil habitantes –eran 8600 en todo el partido, con una densidad de población que había crecido del 3 al 5,3 por ciento entre los dos primeros censos nacionales–, la tasa de alfabetización alcanzaba el 45 por ciento, un porcentaje que se hallaba ligeramente por encima de otras tantas localidades de la campaña bonaerense según muestran los censos. De los 2157 niños que había en 1895, 511 iban a la escuela, mientras que 466 declaraban saber leer y escribir pese a no asistir a ninguna de las dos escuelas públicas del partido –había también cuatro escuelas particulares–.

El crecimiento demográfico de Navarro, que alcanzó un 70 por ciento entre 1869 y 1895, se nutrió sólo en parte de la inmigración italiana, que arribó masivamente al país a partir de la década de 1870. Según el primer censo nacional, había tan sólo doscientos italianos en la localidad, mientras que para 1895 ese número había crecido a 639, siempre con una fuerte preponderancia masculina. La proporción de italianos sobre el total de la población de Navarro creció de 3,1 a 7,4 por ciento, a la par que la proporción de argentinos decayó del 87 al 83 por ciento, mientras

que los extranjeros de otras nacionalidades se mantuvieron estables. Entre estos últimos se contaban los irlandeses, que tenían una presencia en la región que se remontaba a la década de 1840.⁵ La lápida del capellán irlandés James Curran, enterrado en el templo parroquial, es buen testimonio de ello.

La parroquia San Lorenzo Mártir data de 1838. La expansión de la frontera bonaerense desde la década de 1820 favoreció, primero, la creación de una viceparroquia subsidiaria de Luján. El antiguo fortín de Navarro apenas contaría con una humilde capilla que había sido construida en 1807 en adobe, y luego en ladrillo cocido. A medida que se fue afianzando el proceso de construcción de poder institucional en la campaña, en especial en tiempos de Rosas, se promovió la idea de multiplicar las parroquias, acompañadas a su vez de los respectivos juzgados de paz.⁶ Como era habitual en la época, el templo se construyó con gran número de aportes particulares provenientes de la población local, en incipiente crecimiento, además de algunas subvenciones ocasionales conferidas por el gobierno.

La primera iglesia fue juzgada insuficiente a poco de andar, y ya para la década de 1850 se emprendió una nueva obra que daría por resultado la construcción del templo actual, de generosas dimensiones, con tres naves separadas por sólidas columnas y un amplio frente en imponente estilo jónico, coronado por dos torres con sus respectivos campanarios que desde lejos podían ser divisadas con facilidad, dado que se trataba de un pueblo de casas bajas, como todos los demás. Muy cerca del templo vivían los De Andrea, una de las ciento diez familias de origen italiano que eran propietarias en el partido. Según el censo de 1895, había 440 propietarios argentinos y 656 en total, de tal manera que de una población de 8600 personas tan sólo un 7 por ciento era propietario. Puede decirse, pues, que los De Andrea gozaban de una posición socioeconómica relativamente cómoda, al menos para el estándar de vida habitual en un pueblo de campaña de la provincia de Buenos Aires.

El cura de la parroquia desde 1874 hasta 1894, Francisco Savino, italiano, le confirió a Miguel de Andrea los primeros sacramentos (bautismo, comunión, confirmación) y le abrió el camino a Buenos Aires, recomendándolo para estudiar en el Seminario Conciliar. El seminario, dirigido por los jesuitas, funcionaba en ese tiempo en el barrio de Con-

greso. Había sido establecido por el obispo (luego arzobispo) Mariano José Escalada, quien cedió una quinta que poseía en Sarandí y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) para establecer allí las aulas del seminario, junto a la capilla *Regina Martyrum*, que funciona hasta el día de hoy en ese mismo predio. El seminario se trasladó en 1899 a Villa Devoto, de tal modo que De Andrea no estudió en el nuevo y espacioso edificio, sino en el más pequeño e íntimo del centro. En la época de *Regina Martyrum* los seminaristas eran pocos, menos de cinco por camada, de tal manera que el trato cotidiano era muy cercano entre alumnos y profesores; debido a su reducido número, el primitivo seminario se caracterizó por su “vida de familia”, según dirá De Andrea muchos años después.⁷ Congreso era un barrio relativamente marginal a mediados del siglo XIX, de quintas y casas bajas, que con el paso de los años fue integrándose cada vez más a la ciudad. Los seminaristas eran muy populares en la zona, donde cumplían tareas comunitarias de alfabetización, caridad y catequesis, además de colaborar en las peregrinaciones barriales; no permanecían puertas adentro del seminario, cual si se tratara de una fortaleza sin mayor contacto con la sociedad local.⁸

Esta localización céntrica –hoy diríamos– no resultó sin embargo la más apropiada con el correr del tiempo. El crecimiento urbano, vertiginoso en los últimos años del siglo XIX, hizo que una zona apacible de la ciudad se viera sumergida en la vorágine de una gran ciudad que ya había sobrepasado el medio millón de habitantes. La transformación del barrio de Congreso, cada vez más integrado al centro de Buenos Aires, se aceleró después de 1894, cuando se inauguró la Avenida de Mayo, con su aire de boulevard parisino y su trajinado movimiento de gente. Villa Devoto, por contraste, prometía ser un verdadero remanso. El predio sobre el cual se levantó el nuevo seminario era lo suficientemente extenso –casi seis hectáreas– como para permitir pensar en un edificio de dos pabellones separados por una capilla. Los costos de la obra se financiaron con colectas gestionadas por una comisión de damas de la alta sociedad –Mercedes Castellanos de Anchorena hizo levantar la capilla y fue quien más se comprometió con las obras–. Se les sumaron, además, aportes del Estado nacional, a través del presupuesto de culto: el seminario formaba parte de los ítems que el Estado se comprometía a sostener, ya fueran sus autoridades, los profesores, las instalaciones y las becas de los alumnos.

A partir de la década de 1880, luego de la federalización de la ciudad, el seminario también contó con becas costeadas por el gobierno de la provincia de Buenos Aires que, de este modo, lograba que su prosperidad económica se viera reflejada en la órbita eclesial.⁹ No fue casualidad: a medida que avanzó el proceso de urbanización y crecimiento poblacional de la campaña bonaerense, se multiplicaron sus templos, parroquias y santuarios, lo cual hizo sentir la necesidad de contar con un crecido número de sacerdotes. No tardó en surgir la aspiración por conformar en la provincia una jurisdicción eclesial independiente de la ciudad capital, que finalmente se hizo realidad en 1897 cuando se constituyó la diócesis de La Plata, algo sobre lo cual se había estado conversando desde la década de 1880.¹⁰ Cuando se estableció la diócesis finalmente, la Iglesia platense contaba con 140 sacerdotes, muchos de ellos de origen inmigratorio, que no daban abasto para atender la vastísima provincia, cada vez más densamente poblada. En este contexto, a fines de 1888, Miguel de Andrea inició sus preparativos para estudiar en el Seminario Conciliar de Buenos Aires.

Organizado según las normas tridentinas, el seminario confería órdenes menores y mayores y recibía alumnos desde los doce años de edad; los más jóvenes asistían al Seminario Menor, para luego continuar su formación en el Mayor, hasta completar sus estudios. Tenía una currícula clásica inspirada en la *ratio studiorum* –no había habido grandes novedades en esta materia desde los tiempos coloniales– y era también una escuela de virtudes, buenos modales y recta conducta. Ser seminarista implicaba vestir de manera pulcra y discreta, con prolijo sombrero, cabello bien corto, con los trajes y divisas que correspondían a cada uno según el nivel en el que se encontrara en su preparación sacerdotal. El alumno sagaz debía aprender lecciones escritas y códigos implícitos; debía también ser capaz de distinguir estilos oratorios, fijándose en detalles que no se advierten a simple vista. Los había variados: había quien lanzaba grandes parrafadas de invocaciones sagradas, matizadas por frecuentes imprecaciones contra los enemigos de Dios; otros eran capaces de mayor vuelo intelectual, sin necesidad de golpes bajos en el oyente. A fines del siglo XIX, uno de los mejores oradores de Buenos Aires era el jesuita Camilo Jordán, muy reclamado en Semana Santa: fue el modelo que De Andrea escogió a la

hora de forjarse como sacerdote y orador cristiano, y así lo reconocería años después.¹¹ Según un alumno de aquel tiempo, Jordán se destacaba por su retórica transparente y discreta:

Su construcción sólida no necesitaba recurrir a imágenes de romántico lirismo ni a concesiones a su público [...] No se crea sin embargo que faltara la nota de honda emoción en el discurso del ilustre jesuita. Lejos de ello, en el período de su gran oratoria tenía siempre a mano gran caudal de ella; pero sabía administrarla como un recurso de seguro efecto sobre su auditorio.¹²

El seminarista que siguiera este ejemplo de buen decir, sumado a la prolijidad, buena conducta, seriedad y corrección de modales, no tardaría en encontrar su recompensa en la ordenación sacerdotal. Según el Concilio de Trento, la edad mínima era a los veinticinco años. A fines del siglo XIX, sin embargo, varios jóvenes seminaristas argentinos —De Andrea entre ellos— se ordenaron con edad menor a la reglamentaria, para lo cual debieron obtener dispensas especiales del papa León XIII. Desde los inicios de su carrera eclesiástica De Andrea se acogió a la benevolencia papal. No fue un caso excepcional, sin embargo. Desde fines de la década de 1880, y más todavía en los años noventa, estas excepciones se reiteraron en el clero argentino, en especial entre los sacerdotes formados en Europa, como es el caso de De Andrea.

En 1898 viajó a Roma para ingresar al Colegio Pío Latinoamericano, institución creada en 1858 por el papa Pío IX, con la intención de promover el acercamiento a América Latina. Y también asistió a la Universidad Gregoriana, donde obtuvo el título de doctor. Hacia 1900, el Colegio Pío albergaba gran número de alumnos de distintos países latinoamericanos, pero los brasileños y los argentinos eran los que solían prevalecer, con más de veinte estudiantes. Estas instituciones forjarían las jerarquías eclesiásticas del clero latinoamericano desde fines del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial y permitirían que los jóvenes sacerdotes tuvieran desde muy jóvenes un trato directo con la Santa Sede. En el caso de los argentinos, esto fue indudable: todos los años los seminaristas recibían por parte del gobierno, a través del ministro de Relaciones Exteriores y Culto, la mi-

sión de hacerle llegar al Papa el así llamado “óbolo de San Pedro”, un donativo recaudado en las distintas diócesis del país que se destinaba a sostener económicamente la Santa Sede. Era normal, pues, que los estudiantes argentinos fueran recibidos en audiencias por el Papa.¹³

Este acercamiento entre el novel clero argentino y Roma a través de las becas concedidas a sus jóvenes en formación se afianzó en la última década del siglo XIX. En la primera camada del Colegio Pío había un solo argentino, el sacerdote Milcíades Echagüe, que terminó sus estudios en 1862 y que a fin de siglo formaría parte del cabildo eclesiástico de Buenos Aires. En la década de 1870 el número de seminaristas argentinos en Roma creció a ritmos pausados; fue a fines de la década de 1880 que se verificó un acercamiento cada vez más estrecho. En esos años estudiaron Bartolomé Piceda (sería canónigo en Buenos Aires y mano derecha del arzobispo Espinosa en sus últimos años), Agustín Piaggio (luego vicario general de la Armada) y Ángel Brasesco (párroco de Balvanera que obtuvo en Roma doctorados en teología, filosofía y derecho canónico), tan sólo para mencionar algunos nombres de prestigio en el clero porteño del novecientos. Piaggio se ordenó sacerdote con veintidós años de edad, Brasesco lo hizo con veintiuno y Piceda con tan sólo veinte años, con sendas dispensas concedidas por el papado. De tal manera que el caso de De Andrea no era excepcional en el contexto del clero argentino de fines del siglo XIX. A pesar de las tensiones que supuso en las relaciones con la Santa Sede la implementación de las leyes “laicas” en la década de 1880 (leyes de matrimonio civil y de educación laica), que incluso provocaron la expulsión del nuncio Luis Matera, los lazos entre el clero local y la Santa Sede se afianzaron a través de viajes, becarios y seminaristas, neto producto de la romanización, suele decirse. En no menor medida, se explica también por la agilización de los viajes a Europa a fines del siglo XIX, facilitada a su vez por la inserción de la Argentina en el orden internacional.

Sobre el filo de fin de siglo, de uno u otro modo, los vínculos con la Santa Sede se hicieron más estrechos que nunca antes en la historia argentina, facilitados por la recuperación económica luego de la crisis de 1890.¹⁴ Durante el gobierno de José Evaristo Uriburu, y luego también en la segunda presidencia de Julio A. Roca, se llevaron a cabo

distintas gestiones que dan cuenta de este proceso, ya sea porque la Iglesia comenzaba a ser vista como un factor imprescindible para garantizar el orden social en una sociedad profundamente transformada por la inmigración de masas; ya sea por la propia maduración de la diplomacia argentina en el fin de siglo, de aceptados contactos con las principales cortes europeas. La creación de nuevas diócesis en 1897 –La Plata, Santa Fe y Tucumán–, la designación de sus respectivos obispos, la del arzobispo de Buenos Aires, luego del fallecimiento de Federico Aneiros en 1894, y por último la de los obispos de Paraná y Salta, cuyos titulares también habían fallecido poco tiempo antes, requirieron la directa e intensa negociación del gobierno argentino con el papado. La tarea quedó en manos de Carlos Calvo, embajador argentino en Berlín, que tuvo a su cargo diversas misiones ante la Santa Sede –en 1899, finalmente, se lo nombraría ministro plenipotenciario en Roma, extendiéndole sus credenciales diplomáticas–. Mantuvo numerosas entrevistas con León XIII en el marco de gestiones diplomáticas confidenciales, aun cuando esto implicara costosos viajes que el gobierno debió pagar en pesos oro.¹⁵

Tan exitoso fue el gobierno en sus negociaciones que al poco tiempo comenzó a hablarse de la posibilidad de que el Concilio Plenario Latinoamericano, que se proyectaba celebrar en breve, tuviera sede en la Argentina, aun cuando la iniciativa de realizarlo había sido propuesta originalmente por la Iglesia chilena. Pero las crecientes tensiones limítrofes con Chile, que colocaron a ambos países al borde de la guerra, llevaron a que el papado, de manera salomónica, resolviera su celebración en Roma para mediados de 1899. Esto no enturbió sin embargo las relaciones de la Argentina con la Santa Sede: el gobierno nacional, dispuesto a que la delegación argentina diera la mejor impresión, sostuvo los gastos del séquito de los obispos, compuesto de veintinueve personas en total. Los prelados viajaron acompañados de sus obispos auxiliares y secretarios en una amplia comitiva que procuraba transmitir una imponente aureola de majestad. Al arzobispo le pagaron viáticos por un total de 3000 pesos oro, y 2000 a cada uno de los seis obispos con los que contaba el país.¹⁶

De tal manera que De Andrea –que ya había recibido la tonsura y órdenes menores en la Argentina– se encontraba bien instalado en Roma cuando llegó la noticia de la convocatoria al Concilio Plenario.

No tardó en advertir que sería una ocasión propicia para darse a conocer entre los obispos argentinos, tratar a algunos de ellos de cerca y también a los miembros de la representación diplomática del país ante la Santa Sede. No desaprovechó la oportunidad, como lo demuestra la celebración de su primera misa en Roma en noviembre de 1899, con el ministro Carlos Calvo como padrino y con el obispo Juan Nepomuceno Terrero —entonces obispo auxiliar de Buenos Aires y a partir de 1900 titular de La Plata— como consagrante. Terrero era el único obispo argentino de origen social verdaderamente aristocrático y Carlos Calvo, por su parte, le ofrecía un padrinazgo que lo prestigiaba a los ojos de la elite política. Poco tiempo después, Calvo le regaló a De Andrea, ya ordenado sacerdote, una casulla completa, a la usanza de la época entre los sectores aristocráticos; los regalos de altar, destinados a los sacerdotes más prestigiosos que acababan de ingresar al estado eclesiástico o bien episcopal, eran una costumbre entre los más altos sectores sociales.¹⁷ Con este souvenir en la maleta, regresó al país en septiembre de 1900, justo cuando el arzobispo de Buenos Aires, Mariano Espinosa, lo designaba su subsecretario. Viajó de regreso en el mismo barco que Terrero, quien fue recibido con honores en el puerto por un muy nutrido círculo de hombres de elite. Volvió así a su pueblo de Navarro, invitado por el cura para celebrar las fiestas patronales y brindar el sermón de circunstancias. De visita en la casa familiar, en 1900, vestido de traje talar, se hizo retratar en una fotografía de estudio que se conserva en su archivo junto a sus padres, hermanos y sobrinos, todos ellos cuidadosamente ataviados —algunas mujeres y niños pequeños usan vestidos con puntilla—, posando en el patio de una casa sólida y de generosas proporciones. Era un brillante comienzo para una carrera sacerdotal todavía incipiente, en la que tendría incontables oportunidades de regresar a la Santa Sede y, por extensión, a Europa.



Antigua foto de familia, circa 1900. Fuente: Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (ed.), *1922-2002 Ochenta años de la FACE. Una trayectoria social*, Buenos Aires, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 2002, p.15.

NOTAS

- ¹ Libro de Bautismos, foja 356, año 1877, y Libro de Matrimonios, foja 26, año 1871, del Archivo Parroquial de Navarro, provincia de Buenos Aires. En 1867, y también en Navarro, Nicolás de Andrea se había casado en primeras nupcias con María Guida, de quien quedó viudo al poco tiempo.
- ² Martín G. Duhalde, *Navarro, pagos de Juan Moreira*, San Justo, Ediciones Almafuerte, 1979, p. 39.
- ³ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- ⁴ La colección *Lecturas Católicas* –y otras series similares– se encuentra en el Archivo de la Inspectoría Salesiana San Francisco de Sales, Buenos Aires.

- ⁵ Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, *Cómo fue la inmigración irlandesa a la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1981.
- ⁶ María E. Barral y Raúl Fradkin, “Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785-1936)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27 (2005), pp. 7-48.
- ⁷ “Los cien años del seminario”, *LN*, 10 de agosto de 1957, p. 4.
- ⁸ Alberto Ibáñez Padilla, S. J., *Una reina en el barrio de Congreso. Regina Martyrum*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1970.
- ⁹ “Becas en el Seminario Conciliar”, *LBL*, 24 de octubre de 1885.
- ¹⁰ *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de La Plata*, 3 de noviembre de 1898, pp. 46-48.
- ¹¹ “Monseñor De Andrea en la cátedra”, *El Diario*, 17 de julio de 1911.
- ¹² Gastón Federico Tobal, *Evocaciones porteñas*, Buenos Aires, Kraft, 1947, p. 270.
- ¹³ Véase Manuel Juan Sanguinetti, *El Padre Brasesco. Balvanera y su barrio a través de su historia*, Buenos Aires, 1953, pp. 37-43.
- ¹⁴ Lilia Ana Bertoni, “La opinión política de los católicos y la cuestión nacional, 1880-1910”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 9 (2005), 133-139.
- ¹⁵ *Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto presentada al H. Congreso en 1898*, Buenos Aires, 1898, pp. 3-22; *Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto presentada al H. Congreso en 1899*, Buenos Aires, 1899, pp. 387-404.
- ¹⁶ *Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto presentada al H. Congreso en 1899*, pp. 430-431.
- ¹⁷ “Homenaje a Monseñor Miguel De Andrea”, *Orden Cristiano*, n. 122, noviembre de 1946, p. 58.

La Iglesia del novecientos

En julio de 1907, dos curas del clero porteño recibieron el título de monseñor, importante concesión honorífica otorgada por el papado. Venía a retribuirlos por su trayectoria y servicios prestados a la Iglesia: Miguel de Andrea, desde 1902 capellán del convento de las Catalinas, ubicado a pocos metros de la plaza San Martín, y Antonio Rasore, afincado desde 1876 en la parroquia de La Merced, la favorita de la elite porteña del novecientos, bien podría decirse. Punto de partida y de arribo al mismo tiempo: para alguien como Rasore, que gozaba de un prestigio sólidamente adquirido en el clero y la sociedad porteños, el honor recibido correspondía a una suerte de coronación; para De Andrea, por el contrario, fue, poco más, el puntapié inicial de una trayectoria todavía por construir. El título honorífico llegaba en un momento en que De Andrea, de apenas treinta años de edad, podría comenzar a cosechar los frutos de su vertiginosa carrera: tan sólo habían transcurrido ocho años desde su ordenación sacerdotal. Este capítulo reconstruye su trayectoria eclesiástica en estos primeros años del siglo XX, a fin de explicar cómo fue posible que este joven sacerdote, hijo de humildes inmigrantes italianos, se convirtiera en monseñor. No por haber gozado de una ventaja inicial proporcionada por algún factor azaroso –apellido, contactos, dinero o algún tipo de talento extraordinario que lo hiciera descollar– su trayectoria se diferencia de otras; tampoco por haberse consolidado en un nicho propio, ya fuere una parroquia, una capellanía o una asociación piadosa. Fue sobre todo su plasticidad, su capacidad de adaptación al variopinto catolicismo del novecientos, lo que le allanaría el terreno más que cualquier otra cosa.

En una ciudad que veía crecer a diario su población, la Iglesia parecía perder peso específico. Basta con echar una ojeada al mapa parroquial de Buenos Aires en el novecientos para advertir el relativo retraso que existía entre las estructuras eclesiásticas y la pujante ciudad del